



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 16 DE JUNIO DE 2019

Olga de León / Carlos A. Ponzio de León

## Dos barbas blancas

HOMBRES DE NEGOCIOS  
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Calzaba tenis rojo y llevaba pantalones guangos y una barba enorme, cana como su cabello; parecía ermitaño o fundador de una secta religiosa que anunciara el fin del mundo. Le incomodaba que la gente se le quedara viendo: le ponía muy nervioso. Escuchaba hablar a un hombre joven, calvo, que enfatizaba lo que decía con el dedo índice de su mano izquierda. Cualquiera que los observara, sabía que cada uno quería “dar atole con el dedo” al otro.

Cuando caminaban juntos, el viejo apoyaba su mano en el hombro de su sobrino. Salieron del café y su lugar fue ocupado por otros dos sujetos en traje: uno tenía cierto parecido al entrenador de la selección nacional de fútbol, y el otro aparentaba ser un científico social, profesor académico en traje sport claro de lana y camisa de botones, abierta hasta el pecho.

El aparente entrenador, quien llevaba corbata que le colgaba del cuello, sin anudar, de pronto se dirigió al baño. El académico, que se quedó solo, se levantó de su silla pues le dolían las rodillas luego de permanecer cierto tiempo sentado. Se acercó al atril con periódicos y vio la noticia: El FBI buscaba al líder de una secta religiosa que había sido acusado de cometer diversos delitos sexuales.

Y ahí estaba su foto: su imagen era idéntica a la del hombre barbudo que acababa de dejar la mesa cuando ellos la ocuparon. Esperó a su compañero con el periódico en la mano. Aquel volvía despacio, haciendo el nudo de la corbata. El aparente entrenador de fútbol también quedó atónito al ver la noticia: ¿Qué hacía aquel prófugo en México? “Huyendo”, pensó de inmediato”.

Ambos buscaron algún teléfono a dónde marcar para dar información. No encontraron nada, ni un correo electrónico. Pensaron que tal vez llamando al periódico sabrían qué hacer. Ahí les respondieron que se comunicaran con la embajada norteamericana.

Pronto descubrieron que, a través del teléfono, era difícil contactar a alguien que no fuera una máquina contestadora. Entonces decidieron ir a plantarse a una larga fila a la entrada de la embajada, la de quienes esperaban obtener una visa. Luego de dos horas, quedaron frente a la puerta, donde un “Marine” revisaba los papeles de la solicitud de visa.

“No venimos a eso”, le dijeron, “sino que tenemos información sobre un hombre que busca el FBI”, y le mostraron la página del periódico. “Esperen un momento”, les dijo el custodio, y se comunicó por radio con alguien más. “Pasen”, dijo luego de unos momentos, señalando por el pasillo a una mujer que ya los esperaba.

Descendieron por unas escalinatas que llevaron directamente a unos torniquetes. Ahí les pidieron identificaciones y llenaron un formulario con información personal y de trabajo. No sabían qué escribir que no reflejara que eran un par de vagos que vivían de sus rentas y pasaban el tiempo en los cafés. “Hombre de negocios”, escribió cada uno como ocupación.

Luego los pasaron a un cuarto interrogatorio que muy evidentemente era eso, un cuarto para interrogar personas. Frente a dos burócratas en traje y corbata, contaron la historia: que habían visto



al líder religioso buscado por el FBI en el sur de la ciudad, que iba a acompañado por un hombre calvo que tenía cierto parecido físico con él.

La noticia apareció dos semanas después. La leyeron en los periódicos. El viejo aquel había sido arrestado en el aeropuerto de Oaxaca, en un viaje que hacía desde la Ciudad de México. Ya había sido deportado para ser juzgado. Y había una recompensa por encontrar al viejo, que tanto el aparente entrenador como el académico, no tardaron en cobrar.

ALBORES DE FELICIDAD

OLGA DE LEÓN

Desde muy pequeña le enseñaron que la felicidad no llegaba ni gratis ni como efecto de algún milagro; que tenía que buscarla. Así que no fue una casualidad que se volviera una personita sumamente observadora, que se mantenía en estado de alerta, por lo que sea que pudiera pasar y no se diera cuenta de que allí estaba escondida la felicidad.

La primera vez que se sintió real y verdaderamente feliz, fue la Navidad en que bajo el gran pino, encontró el regalo que les había encargado a sus padres, para que a su vez se lo pidieran al señor gordo vestido de rojo y con cinturón de charol negro, y de barbas y cabellos blancos, que aparecía en las tiendas de Brownsville durante las semanas previas al 24 de diciembre. Y, así, la niña de ocho años recibió una hermosa muñeca y una cuna mecedora de mimbre pintado de rosa.

Ya desde entonces se perfilaba su maternal sentimiento, el cual había empezado a desarrollar desde los cinco años, con sus hermanitos menores, a fuerza de ayudar a su madre con los pequeños, incluso, arrollándolos en su cuna después de que hubiesen comido y ya debieran dormir.

La vida en la frontera de Matamoros,

Tamaulipas, por aquellos años, era complicada. A los niños, se los educaba desde pequeños para cuidarse de los extraños: no aceptar regalos de nadie y correr a casa y gritar papá o mamá en cuanto creyeran estar en riesgo de que alguien desconocido se les acercara y más aún si pretendía cargarlos o invitarlos a ir a cualquier parte.

No obstante, la niña recordaba muy bien que ella caminaba sola -todos los días- las cuadras que separaban al Colegio Don Bosco de su casa o de la oficina de su padre, a la salida de las clases. Por las mañanas la llevaban, pero el regreso lo hacía por su cuenta.

La felicidad no era privativa de unos cuantos, aunque ella creía que sí se les notaba más a algunos que a otros: ya había desarrollado para los ocho años esa cualidad de ver más allá de las apariencias: en los rostros de las gentes y no en sus ropas o propiedades.

Pero, ella no sabía si era o no feliz, le parecía una especie de fórmula complicada, pues se preocupaba de muchas cosas que los niños de su edad ni se ocupaban ni se ocupan ahora. Cómo ser feliz mientras a su alrededor veía el sufrimiento de la gente que en las esquinas, o a la entrada de la iglesia, estaba pidiendo limosna; o bien, cuando veía a alguien tirado sobre la banqueta con el rostro y las manos y pies (generalmente descalzos) sucios, y los cabellos hirsutos de tantos días sin aseo... ¿cómo!, ¿por qué nos proclamamos felices mientras nuestros semejantes no lo son?

Así, con esas y otras ideas, empezaría la más grande interrogante de su vida: ¿En dónde está dios?, ¿estará tan ocupado que no puede... o no quiere ayudar a esos...? Pasaron los años y la niña fue adolescente y las interrogantes crecieron y permanecieron sin respuesta. ¿Será verdad que venimos al mundo a ser felices, que esa debe ser nuestra única consigna? Yo seré feliz: soy feliz, y tú,

¡hazle como puedas! Hedonismo egoísta, individualismo aberrante.

Luego se volvió joven estudiante de Filosofía, y las preocupaciones tuvieron nombre de teorías que ofrecían distintas respuestas. Mas no halló consuelo ni respuesta en ellas. Lo que encontró fueron puntos de vista diversos que respondían a intereses también diversos. La felicidad no está en los libros por mucho que los amara, ni en las riquezas, ni en el poder ni el dominio sobre los otros o el mundo.

Hasta que un día se enfrentó a su propia adversidad, al dolor ante la muerte, al abandono no por voluntad propia de sus seres queridos, sino por el infortunio de las enfermedades o los accidentes. Tampoco entonces entendió que lo vivió antes de la muerte de sus seres más queridos, hubiese sido la felicidad, y que ahora viviría la infelicidad de la pérdida. No, porque en cada etapa, por dolorosa que fuera, había sido feliz. Y las chispas de felicidad vienen del interior, de la actitud.

La vida empieza cada mañana y termina cuando decidimos que no somos felices... Porque nos falta algo, porque esperamos serlo hasta que “X” o “Y” suceda. O, porque sencillamente ni siquiera sabemos en qué consiste, realmente, ser felices.

No te compares con nadie; no compares tu momento actual con el pasado, tampoco con el que esperas vivir... Vive, sencillamente vive haciendo feliz a alguien más y encontrarás la llave de tu propia felicidad. Quizás entonces, con suerte, estarás cada día ante los albores de la felicidad.

Como la niña que encontró bajo el árbol navideño su regalo. Uno que ya había visto encima del ropero de su madre, mientras esta se peinaba frente al espejo de la puerta central, y fingía no escuchar a la niña, preguntando: “...de quién es esa cunita, mamá”.



Joyce Carol Oates

Narradora norteamericana, nacida en Lockport (Nueva York) en 1938. Célebre por las generosas dosis de violencia que ha volcado en sus cuentos y novelas, está considerada como una de las más destacadas seguidoras de la corriente narrativa inaugurada por William Faulkner.

Tras comenzar sus estudios superiores de Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Siracusa, acabó completándolos en la de Wisconsin, de donde egresó con el título de licenciada. Posteriormente, obtuvo el doctorado en dicha materia por la Universidad de Rice, al tiempo que compaginaba esta especialización con su dedicación al cultivo de la literatura de ficción.

Uno de sus primeros relatos fue seleccionado, con mención de honor, para formar parte de una antología de los mejores cuentos escritos por autores norteamericanos, lo que orientó definitivamente a Joyce Carol Oates hacia el género de la prosa de ficción.

En 1963 dio a la imprenta su primera recopilación de relatos, publicada bajo el título de Junto a la puerta del Norte, vio la luz. Un año más tarde, animada por la buena acogida dispensada por críticos y lectores, la joven escritora presentó su primera novela extensa, titulada Un otoño tembloroso (1964), obra a la que siguió un nuevo volumen de relatos, Sobre un torrente arrollador, aparecido en 1965.

Tan vertiginosa carrera literaria apuntó entonces hacia un objetivo mucho más ambicioso: la publicación de una trilogía narrativa. En efecto, en 1967 vio la luz la primera entrega de esta serie, Un jardín de delicias terrestres, inmediatamente continuada por Gente adinerada, que fue galardonada con el Premio Nacional de Narrativa de 1968. Un año después, Oates volvió a asomarse a los escaparates de las librerías con la tercer y última entrega de su trilogía, titulada Ellos (1969), novela que vino a culminar una espléndida muestra de la mejor prosa de ficción norteamericana de los años sesenta.

La mayoría de sus personajes son mujeres, a través de cuyas vivencias Oates realiza un interesante análisis sociológico acerca de la violencia que ejercen sobre ellas los hombres y la propia estructura social del país.

Tras un largo período de silencio literario, a finales de la década de los setenta Joyce Carol Oates volvió a las listas de libros más vendidos con su novela Bellefleur (1980). Posteriormente, ha publicado El tiempo pasará (1988), Porque es amargo, porque es mi corazón (1990), Agua negra (1992), Confesiones de una chica de la banda (1993), Zombi (1995) y ¿Me querrás siempre? (1996), obras en las que continúa sosteniendo su constante denuncia de la degradación moral en que ha caído una gran parte de la sociedad norteamericana contemporánea. En 2000 publicó Blonde. Una novela sobre Marilyn Monroe.

ad pèdem literae

“El silencio es como el viento: atiza los grandes malentendidos y no extingue más que los pequeños.”

Elsa Triolet

### Letras de buen humor

“Lo mejor es salir de la vida como de una fiesta, ni sediento ni bebido.”

Aristóteles

Joana Bonet

## Planeta plástico

Para muchas niñas, el descubrimiento del chicle fue lo que de jóvenes el cigarrillo. Qué buena compañía nos hacían aquellos Cheiw Junior para pasar la lenta tarde del domingo haciendo globos o estirando la goma hasta que se rompía. Mascar se nos antojaba liberador. El acetato polivinílico con sabor a menta o fresa -los de tutti frutti llegarían después- nos otorgaba más soltura que la boca cerrada. Y hasta que descubrimos que era de mala educación masticarlo en público, desenvolvimos con goce pastillas de maxichicles que a veces pegábamos bajo la butaca del cine cuando perdían el gusto. Era algo irresistible, aunque no estuviera bien; equivalía a cobrar elasticidad, morbidez, y nuestro dedo travieso se ocupaba de comprobar que la blandura se prolongaba a lo largo de la película.

Masticábamos plástico mientras nuestros padres disfrutaban de la comodidad de los platos de poliuretano, los hules sustituían a los manteles diarios, y desde

el frágil cristal hasta el cartón mohoso, o los hierros forjados, iban siendo reemplazados por la euforia del barato y liviano plástico. De estudiantes, el momento de plastificar carpetas y libros se nos antojaba optimista. Los ochenta se rindieron ante el dios plexiglas: así aprendimos a llamar al metacrilato, y nos hacía sentir modernos. En los noventa hasta Hermès jugueteó con un Kelly transparente, souvenir de una exposición. Y, en un alarde de posmodernidad, las firmas de lujo reinterpretaron versiones de sus iconos en ese material tan maleable y a la vez resistente. Hasta que perdimos la ingenuidad, igual que tras mascar chicle ante el maestro, y supimos que era altamente contaminante y puede tardar hasta 400 años en degradarse.

Nos enganchamos tanto al plástico que se nos fue de las manos. Coches, ordenadores, tejados, tuberías o zapatillas deportivas. La fórmula de embalaje preferida a escala mundial. Lo compramos a diario, estamos en contacto cor-



poral directo -hasta dormimos sobre él- e incluso lo ingerimos. En los últimos años se han encontrado microplásticos y fibras del ancho de un cabello humano en una extraordinaria gama de productos alimenticios como la miel y el azúcar, el agua embotellada y la del grifo, en el marisco, la sal de mesa, la cerveza y los refrescos. Se calcula que hoy producimos unos 330 millones de toneladas al año, y el 95% de los envases de plástico no se utilizan más que una sola vez. Acaba con los peces en mares y océanos y destruye

las cosechas en Vietnam, Malasia o Tailandia, donde el primer mundo lo envía para quitárselo de en medio. Es incapaz de convivir con el ecosistema, pero vino para quedarse. Nuestra vida es ya un prefabricado completo, y más allá del gesto, de las campañas para salvar el planeta, de que llevemos bolsas de tela fina o rellenemos botellas de cristal, necesitamos un ambicioso plan transnacional para que nuestra sociedad supere el mono y olvide las ventajas del césped artificial.